serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda no se imposibilita. Sancho respondió, que sí haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metiéron en la alameda, y Don Quixote se acomodó al pie de un olmo y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso diéron los ojos al sueño, y al salir del alba siguiéron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que saliéron de la alameda, llegáron Don Quixote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quixote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesínos, que puesto que el mono de Maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al reves de Sancho que todas las tenia por la mesma mentira.

Yendo pues desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras xarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quixote á todas partes y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante y mandó á Sancho que lo mesmo hiciese del rucio, y que á entrámbas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondio Don Quixote: has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita, porque este es estilo de los libros (*a*) de las historias caballerescas (1), y de los encantadores que

(1) Con efecto estando un dia Amadis cazando en las faldas de un monte cerca de la marina, y teniendo por la trailla *un muy hermoso can quel mucho amaba, miró contra la mar, y vio de lueñe venir un batel* (ó barco)

en ellas se entremeten y platican, quando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los ayres, ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda (1): así que, ó Sancho, este barco está puesto aquí para el mesmo efecto: y esto es tan verdad, como es ahora de dia, y ántes que este se pase, ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dexaré de embarcarme, si me lo pidiesen

la via donde él estaba. Es verdad que no venia solo, porque venia en él Garioleta, gobernadora de la pequeña Bretaña, á pedirle que la hiciese vengada del gigante Balan, señor de la insola de la Torre Bermeja, que le habia muerto à un hijo. Va Amadís á esta aventura, y vence, aunque con gran peligro de su vida, á Balan, *el gigante mas bravo y mas fuerte de todas las insolas*. (Amadís de Gaula: *lib. 4, cap.* 127.)

(1) Entre las freqüentes aventuras de barcos encantados, que se leen en las historias caballerescas, y á que pudo aludir Don Quixote, es la de una doncella andante, que vino en busca de Don Olivante de Laura y Darisio, y

frayles descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y baxar la cabeza, atendiendo al refran (*e*) : haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced, que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sábogas del mundo. Esto decia miéntras ataba las bestias Sancho, dexándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quixote le dixo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria á ellos por tan longinqüos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logiqüos,

---

caminando juntos *no muy lejos de sí vieron estar un barco, que con una cadena de un arbol en la ribera estaba atado, y apeándose la doncella de su palafren, volviendose á Don Olivante le dixo : caballero, es menester que en este barco os metais. Olivante apeandose de su caballo, y asimismo Darisio, se metieron dentro*, etc. (Lib. II, cap. I.)

dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinqüos, respondió Don Quixote, quiere decir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estas tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, ¿que hemos de hacer ahora? ¿Que? respondió Don Quixote : santiguarnos y levar ferro, quiero decir embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado : y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera, y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oir roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse, y díxole á su señor : el rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. O carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quixote mohino y colérico le dixo:

¿de que temes, cobarde criatura? ?De que lloras, corazon de mantequillas? Quien te persigue, ó quien te acosa, ánimo de raton casero? ¿ó que te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla como un Archiduque por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldrémos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo ménos setecientas ó ochocientas leguas, y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasarémos presto por la linea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y quando lleguemos á esa leña, que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿quanto habrémos caminado? Mucho, replicó Don Quixote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habrémos caminado llegando á la linea que he dicho. Por Dios,

dixo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meon ó meo, ó no sé como. Rióse Don Quixote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díxole: sabrás, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navio se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el baxel le hallarán si le pesan á oro: y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldrémos desta duda, y si no, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para que hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mesmos ojos, que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dexámos, y tomada la mira, como

yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho y no te cures de otra, que tú no sabes que cosa sean coluros, lineas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imágines hemos dexado atras y vamos dexando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corba izquierda, alzó la cabeza y miró á su amo y dixo: ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas. ¿Pues que, preguntó Don Quixote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el rio, por el qual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun

encantador escondido, sino el mesmo curso del agua blando entónces y suave. En esto descubriéron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban, y apénas las hubo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo á Sancho: ves allí, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo, ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna Reyna, Infanta, ó Princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido. ¿Que diablos de ciudad, fortaleza, ó castillo dice vuesa merced, señor? dixo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trástruecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas que viéron venir aquel barco por el rio, y que se iba á

embocar por el raudal de las ruedas, saliéron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle, y como salian enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo : demonios de hombres ¿ donde vais ? ¿ venis desesperados ? ¿ que quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? ¿ No te dixe yo, Sancho, dixo á esta sazon Don Quixote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo ? Mira que de malandrines y follones me salen al encuentro, mira quantos vestiglos se me oponen, mira quantas feas cataduras nos hacen cocos : pues ahora lo veréis bellacos, y puesto en pie en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles : canalla malvada y peor aconsejada, dexad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baxa, de qualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el *Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura : y diciendo esto

echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el ayre contra los molineros, los quales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusiéron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho (*f*) de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto (*g*) peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco le detuviéron ; pero no de manera que dexasen de trastornar el barco, y dar con Don Quixote y con Sancho al traves en el agua ; pero vínole bien á Don Quixote que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojáron al agua y los sacáron como en peso á entrámbos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegáron en esto los pescadores, dueños del barco, á quien habian hecho pedazos

las ruedas de las aceñas, y viéndole roto, acometiéron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quixote se lo pagase : el qual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dixo á los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonísima gana, con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Que personas, ó que castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dixo entre sí Don Quixote, aquí será predicar en desierto, querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna : y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta : el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves : Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas : amigos, qualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo

sacar de vuestra cuita : para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo : á dos barcadas como estas darémos con todo el caudad al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quixote les decia, y teniéndolos por locos les dexáron y se recogiéron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volviéron á sus bestias y á ser bestias Don Quixote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPÍTULO XXX.

De lo que le avino á Don Quixote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegáron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba, era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusiéron á caballo y se apartáron del famoso rio, Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien léjos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba, que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su señor, un dia

dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él temia. Sucedió pues, que otro dia al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren, ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venia la señora asimesmo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la mesma bizarría venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á Don Quixote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dixo á Sancho: corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafren y del azor, que yo el *Caballero de los Leones* beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me dá licencia se las iré á besar, y á servirla en quanto mis fuerzas pudieren y su Alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Hallado os le habeis el encaxador, respondió Sancho : á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quixote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho ; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena : quiero decir, que á mí no hay que decirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dixo Don Quixote, ve en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dixo : hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un (g) escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza : este tal *Caballero de los Leones*, que no ha mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envia por mí á decir á vuestra grandeza, sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y

consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra Señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embaxadas piden : levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos : levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor el *Caballero de la Triste Figura*, y que si no le habia llamado *el de los Leones*, debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa : (cuyo título aun no se sabe) decidme, hermano escudero ¿este vuestro señor no es uno

de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mesmo es, señora, respondió Sancho, y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocáron en la cuna, quiero decir que me trocáron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien llegado, y el bien venido (*h*) á mis Estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donayre y cortesía. Don Quixote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la qual haciendo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que Don Quixote llegaba toda la embaxada suya, y los dos

por haber leido la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quixote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en quanto les dixese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leido, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quixote alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado que, al apearse del rucio, se le asió un pie en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. Don Quixote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él viniéron al suelo, no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pie en la

corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los quales levantáron á Don Quixote maltrecho de la caida, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, ántes apeándose de su caballo fué á abrazar á Don Quixote, diciéndole: á mí me pesa, señor *Caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso Príncipe, respondió Don Quixote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal Princesa de la cortesía. Pasito, mi se-

ñor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese, dixo: no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde ménos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir, que esto que llaman naturaleza, es como un alcaller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres y ciento: dígolo, porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse Don Quixote á la Duquesa y dixo: vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y el me sacará verdadero, si algunos dias quiere vuestra gran celsitud servirse de mí. Á lo que respondió la Duquesa: de que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donayres, señor Don Quixote, como vuesa mer-

ced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho es gracioso y donayroso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras: y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura... De los Leones* ha de decir Vuestra Alteza, dixo Sancho, que ya no hay triste figura. El seguro sea el *de los Leones*, prosiguió el Duque: digo que venga el Señor *Caballero de los Leones* á un castillo mio que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante, y subiendo en él Don Quixote, y el Duque en un hermoso caballo, pusiéron á la Duquesa en medio y encamináron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretexióse entre los tres, y hizo quarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa

y del Duque, que tuviéron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado (1).

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que

---

(1) Estos Duques, de quienes se trata en este capítulo y en los siguientes, son parece fingidos en la opinion de Cervantes, ó á lo menos anónimos, pues en este mismo capítulo se dice de la Duquesa: *cuyo titulo aun no se sabe;* y en el cap. LII, se lee que el sobrescrito de la carta, que la escribio Teresa Panza, decia así: *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé donde.*

Sin embargo de esto las leyes de la geografia y cronologia, seguidas en esta historia, obligan á reputar por verdaderos y efectivos á estos señores. Consta que estas aventuras de Don Quixote sucedian en el reyno de Aragon. *Dios loado* (decia Doña Rodriguez, la dueña de la